

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 25 DE FEBRERO

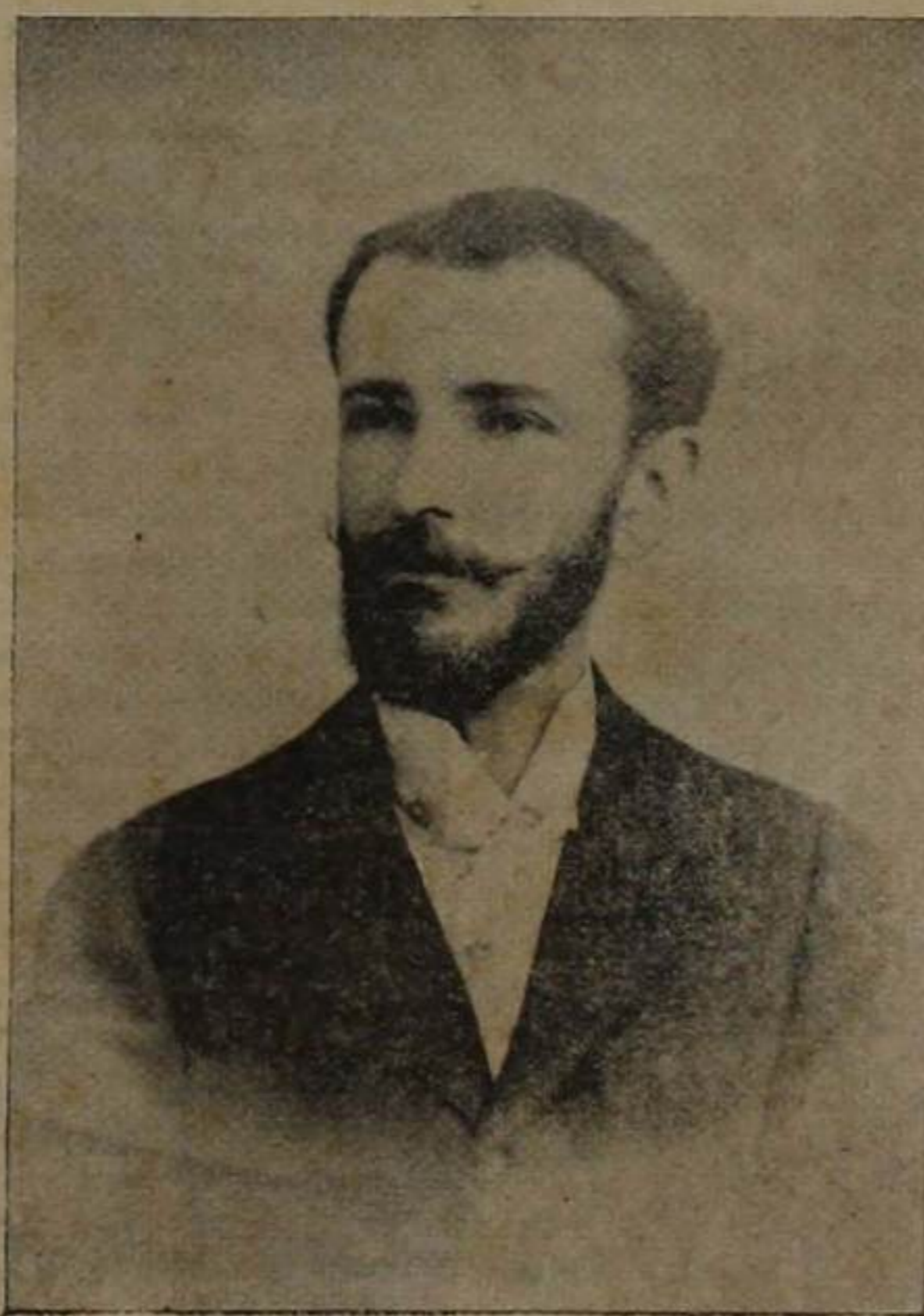
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

## Un gran escritor de cuadros de costumbres, costarricense

### Manuel Jesús Jiménez

**M**ANUEL Jesús Jiménez es poco conocido. ¡Y a pesar de ello, qué valiosa es su obra literaria! Con qué pureza de forma y sencillez en los procedimientos, y con qué poder evocativo reconstruye los tiempos coloniales de su patria; y tiempos más modernos, desde los primeros de vida independiente hasta los contemporáneos, cómo quedan reflejados, como en un claro espejo, en sus admirables cuadros de costumbres. Bienhadado momento aquel en que la Comisión Commemorativa de Costa Rica en el siglo XIX lo eligió como colaborador; atinada elección la de que presentara la vida social costarricense.

Jiménez en nada es excedido como escritor de cuadros de costumbres, ni por Ricardo Palma, ni por José Milla, ni por Emiro Kastos. Respondiendo a las exigencias de la crítica que pedía a los escritores americanos que no bebieran en fuentes bibliográficas europeas, que dejaran de ser exóticos en sus asuntos, que hicieran, en fin, literatura americana, muchos han tratado de desvincularse de los lazos artísticos que nos unen al Viejo Mundo, de desechar los moldes que insistentemente ofrecen los grandes maestros a su imaginación creadora, y por donde fluye ésta por hábito inveterado. Pero casi todos tropezaron con el mismo obstáculo. Casi todos trataron de hacer literatura nacional a copia del mismo recurso de emplear con abundancia un léxico lleno de provincialismos. Hacían la reconstrucción anhelada del medio patrio a base de descripciones de ciudades, de trajes y de costumbres en que campeaba el vocabulario criollo. Era una reconstrucción simplemente formal. Pero el alma de las jóvenes patrias hispano-americanas, esa extraña alma tan vieja y tan joven, tan reclamada por su pasado europeo, tan llena de las sollicitaciones de sus componentes indígenas, tan transformada por su exuberante y extraordinario medio tropical, quedaba muda. Por eso recono-



DON MANUEL J. JIMÉNEZ,  
tal como era en 1891

Nació en Cartago en 1854  
Murió en Alajuela el 25 de febrero de 1916

(Foto. A. EMILE, París).

mos como la primera cualidad de Manuel Jesús Jiménez la medida con que emplea el término netamente nacional sólo cuando no puede evadirse de él porque le proporciona el delicado matiz insustituible. A la evocación del nuevo escenario de su joven patria, del vestuario pintoresco de sus personajes, renovado por los distintos tiempos, componentes ambos de más trascendencia, lleva igual discreción. En cambio, con qué limpieza y bondad de procedimiento hace resurgir aquel noble espíritu castellano de los

abuelos coloniales, lleno de cándida sencillez, de temperancia, de moderación, de hombría de bien y de fe cristiana. Dase uno cuenta, al leer sus trabajos, de a qué pura génesis debe Costa Rica las virtudes cívicas que todos reconocemos en ella. Por sus cuadros pasan gobernantes patriarcales, a los que la ley parece conducir como atados por un hilo liviano, nunca roto: gobernantes a los que era preciso procesar para que no abandonasen el poder, huyendo de su terrible responsabilidad y ansiosos de refugiarse en tranquilos hogares, que en vez de dar los tumbos modernos, en los peligrosos altibajos de nuestra sociedad contemporánea, parecen ir por una ancha y plana carretera, como iban los carros de aquél entonces, tirados por bueyes, lentos, tranquilos, sin desvíos, pero seguros, en una labor incansable. Por sus cuadros pasan gobernantes respetuosos para el pueblo que los había elegido, jefes de hogares apacibles y felices. En esas sólidas viviendas coloniales, amplias, bajas y feas, en que la necesidad de abrigo era satisfecha con elemental sencillez, transcurre la existencia de los costarricenses del tiempo rememorado por Jiménez. Complejas necesidades modernas no los solicitan; techo, abrigo y los sólidos alimentos lugareños son fácilmente obtenidos por un tranquilo esfuerzo; ambiciosas miras que hoy afligen a sus nietos los dejan en paz: ni la sed del poder, ni el demonio del arte, ni el ajeteo del comercio internacional, ni la fatiga de estudios gastan sus cuerpos y sus almas. Descansan en Dios en sus aflicciones; las leyes de los hombres regulan sus actos sociales. El aguijón de la codicia de bienes terrenales los hiere; pero únicamente lo necesario para que en el camino sin tropiezos de aquellos tiempos felices, continúe la vida provincial en su lento avance y no pare del todo. Otro de los grandes estímulos humanos, la necesidad de perpetuarse, también tiene cauce